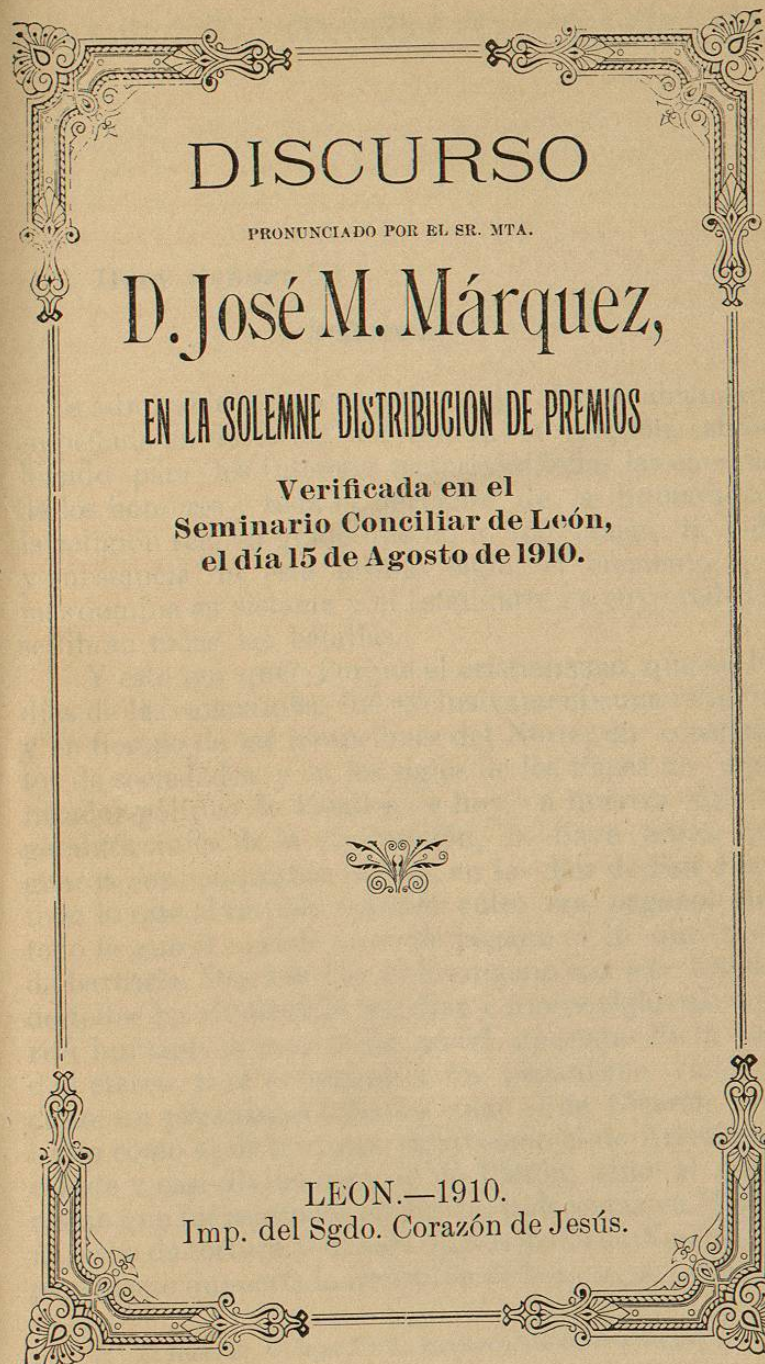


de la alegría que baña nuestros semblantes y llena de dulcísima emoción mil corazones, grata esperanza de la Religión y de la Patria, ¡oh nobles jóvenes! no, no digais que os he olvidado; vosotros habeis inspirado los conceptos que acabo de verter y sois tambien su objeto; á vosotros principalmente se dirijen, ya para descubrirós las redes que se os tienden, ya para indicaros la mision, difícil sí, pero elevada y altamente benéfica, pero gloriosa y augusta que debeis desempeñar, y es la de salvar á aquellos de vuestros hermanos, no tan felices como vosotros, la de redimir á los esclavos de la libertad.

Dentro de breves momentos ceñirá vuestras frentes el envidiable laurel de la victoria adquirido en el mas glorioso de los triunfos. En esos instantes de felicísimo éxtasis, bullirán en vuestro agitado cerebro mil sueños de ventura. Dirigireis vuestras miradas al risueño porvenir.

Ah! yo os ruego, queridísimos jóvenes, que no limiteis vuestras ambiciones á una posicion brillante y placentera en esta vida falaz. Nó, hay una causa sagrada que defender, la causa de la Religión y de la Patria vinculada en la causa de la juventud. La Religión y la Patria necesitan urgentemente denodados campeones. Ellas tienen fijadas sus miradas en vosotros, en vosotros cifran sus esperanzas; ¿saldrán fallidas? ¿quedarán defraudadas? ¡Imposible! no será así. Lo presiento, lo sé. Vosotros, caminando bajo la égida del Omnipotente, traereis á ambas dias de gloria, dias de verdadera ventura. Tales son los votos mas fervientes que hoy envia al Cielo el admirador entusiasta de vuestros nobles triunfos.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. MTA.

D. José M. Márquez,

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

Verificada en el
Seminario Conciliar de León,
el día 15 de Agosto de 1910.

LEON.—1910.
Imp. del Sgdo. Corazón de Jesús.

Ilmo. Señor: (1)

Señores:

Es admirable el que en este siglo, formidablemente empeñado en desterrar del mundo la religión, absorbiendo para los intereses materiales todas las energías de los hombres y toda la devoción de la humanidad, la religión sea, en grado que no lo fué jamás, la vida y substancia de este mismo siglo, el elemento que más domina su sistema y el estandarte en cuyo rededor se libran todas las batallas.

Y esto por qué? Porque el cristianismo, que en los días de las catacumbas fué exclusivamente una religión, y en tiempo de las irrupciones del Norte, un constructor de sociedades, y en los siglos de los Papas un organizador político de Estados, es hoy, en nuestro siglo, la garantía única de la civilización, la llave única que guarda sus conquistas; pues si, en los días de San Juan, todo lo que el mundo tenía de culto era pagano, hoy todo lo que el mundo tiene de pagano es lo que tiene de barbarie. Después que el Evangelio con sus fúlgidos destellos ha alumbrado por diez y nueve siglos al espíritu humano, el mundo no podrá apostatar de la verdad eterna, para entregarse á un paganismo viable y culto, un paganismo artístico como el de Cicerón, virtuoso como el de Sócrates, sabio como el de Aristóteles, celeste y casi divino como el de Platón; sino al paganismo que fué asesinato en Bruto, indecencia en Mesalina, gozo de tortura y deleite de parricidio en Nerón. Un paganismo que sería la irrupción de todo lo monstruoso,

[1] El Ilmo. Sr. Obispo, Dr. D. Emeterio Valverde y Téllez.

el desenfreno de todo lo feroz, el arrasamiento de todo cuanto existe: orden, arte, riqueza, familia, civilización, humanidad. De esta manera el siglo que aborrece la religión la lleva como vida de sus entrañas, los Estados que la repudian y persiguen viven merced á sus influencias. Ella es el único poder cuyos enemigos se combaten al combatirla.

He aquí porqué todas las cuestiones sociales de nuestro siglo, nacidas una á una de la revolución, están ligadas forzosamente con la cuestión religiosa. Pues bien, entre esas cuestiones, acaso la más transcendental es la que se refiere á la educación. Todo el porvenir del género humano depende por modo principalísimo del triunfo en ese formidable combate, que se libra entre la escuela atea y la escuela cristiana.

Asistimos á la más grande batalla que han visto las edades contra Jesucristo. No se asemeja á la que se libró en la época de las catacumbas, cuando el suplicio era el patrimonio del cristiano y los cuerpos de los justos embreados ardían, para alumbrar las lupercales de Nerón; no es comparable con los horrendos asesinatos de la revolución protestante, con las matanzas de campesinos católicos y los crímenes sin número del Calvinismo y del Luteranismo, cuando crecieron las ondas del Danubio y del Támesis con el llanto celeste de la Iglesia; deja atrás la revolución del 93 con todos sus monstruosos delitos y sus torrentes de sangre, pues el hierro, insaciable segando vidas, es impotente para matar ideas, y la metralla, arrasadora de ciudades y demoledora de santuarios, nada puede contra la fe.

Hoy la batalla es universal; no se libra contra los cuerpos, sino contra las almas; no tiene por fin derribar los templos de piedra, sino los templos vivos del Espíritu Santo; sus ejércitos no son de soldados, sino de maestros de escuela y de escritores impíos; su metralla, el el libro y el periódico; hoy, en vez de atormentar á los cristianos como en tiempo de Nerón y Diocleciano en el circo ó en la hoguera, se les acaricia y adula en las

aulas. Verdadera revolución, que se desarrolla en el terreno de la fé y de la Iglesia, que es el espíritu y la doctrina, y por lo mismo, la más pujante y peligrosa batalla, que contra el Señor han presenciado los siglos.

Se ha repetido en todos los tonos que la escuela es una exigencia de la democracia pura, se ha dicho que la escuela debe ser laica, porque, debiendo ser obligatoria, debe ser neutral, para garantizar así á los padres de familia, pertenecientes á distintas religiones, el respeto á la de sus hijos. Esto se ha repetido como el poderoso argumento en que descansa la escuela sin Dios, y la sociedad católica lo ha creído con entera firmeza y, sin advertir el verdadero carácter de la escuela atea, envía serenamente á los niños á engrosar las filas de los ejércitos paganos.

Pues bien, en una fiesta como la presente y en presencia de padres cristianos, nada he juzgado tan digno de aquella y de vosotros como descorrer un poco el velo, para mostraros el verdadero, genuino y esencialísimo carácter de la escuela laica, ningún asunto me ha parecido tan digno de un discurso escolar, en nuestra época, como manifestaros con la evidencia de razones irrefutables y con la franqueza que reclaman del orador católico los inminentes peligros de nuestro medio: que el carácter de neutralidad con que se ha pretendido disfrazar la escuela laica no es más que una ficción, y que, aunque fuera posible, constituiría una ofensa grave á Dios, una violación del derecho de los padres y un serio peligro para el alma del niño.

Tal es el asunto que por breves momentos ocupará vuestra benévola atención, y que, impulsado por el noble fin de llevar un rayo de luz, de despertar un sentimiento generoso en pro de la educación cristiana de la niñez y de la juventud, espero le dispensaréis la acogida más favorable.

Y como el quicio de toda la cuestión está en la inteligencia del concepto de escuela neutra, no será superfluo comenzar por aclarar y fijar este concepto, ya que en to-

do género de discusión importa sobremanera precisar los términos de la cuestión.

Qué es, pues, la escuela neutra? A falta de autoridad decisiva que escojer entre las varias nociones que de ella se han dado, habremos de atenernos á la fuerza misma de la palabra. Neutro, del latín «neuter,» significa lo mismo que ni uno ni otro. «Uter» significa en latín cuál de los dos? Y á esta pregunta responde el idioma latino con una de estas tres respuestas: «uterque,» uno y otro, «alteruter,» el uno ó el otro; «neuter,» de donde proviene neutro, ni el uno ni el otro. Aplicada, pues, esta denominación á la educación religiosa en la escuela, sólo puede significar que dicha educación no se ajusta ni á la religión de unos discípulos, ni á la de los otros, sino que se queda en un medio común.

Supuesto esto, y en buena Gramática, ó Semasiología no cabe admitir otra cosa, la forma de educación religiosa en la escuela neutra, no puede determinarse en abstracto ó universalmente; pues en la escuela á que concurren alumnos de varias profesiones religiosas, á todas las cuales se quiere tener el mismo respeto, cuál será la religión que sirva de base á esta educación religiosa que se pretende? Claro está que no podrá ser otra, sino el fondo común de las creencias religiosa que profesan los varios alumnos ó sus familias. Fácilmente se ve que no es posible determinar «a priori» cuál sea esta base religiosa; como no puede hallarse un común denominador de varias expresiones aritméticas fraccionarias, independientemente de los denominadores particulares de cada una de ellas.

Sin embargo, hay dos clases de neutralidad que es preciso distinguir por ser confundibles. Es posible imaginar, no digo practicar, una neutralidad entre dos doctrinas y religiones, cuando estas tienen ideas comunes á ambas creencias. Así, por ejemplo, cuando en una escuela concurren luteranos, calvinistas y zuinglianos, la escuela neutra habrá de establecer su educación religiosa en la lectura de la Biblia y en la protesta contra

la Iglesia Romana, por ser estas las cosas comunes á dichas sectas protestantes. Si á la misma escuela concurren también niños católicos, cuyas creencias se quiere respetar habrá de omitirse la enseñanza específicamente protestante; pero se podrá dar la idea de Dios, de Jesucristo su único Hijo, de la redención por su pasión y muerte, etc. No obstante, esa escuela que sólo prescinde de las diferencias confesionales, esto es, de las que separan las varias confesiones cristianas no se llama generalmente sino confesional ó simultánea, como puede verse ojeando las discusiones que años pasados hubo en Alemania acerca de esta materia. Mas, si esto pasa en los países protestantes, no sucede lo mismo en los pueblos católicos, en ellos la lucha se plantea en otros términos, pues la diferencia no está entonces en pertenecer á una confesión distinta, sino en que unos son católicos y otros no profesan religión alguna. Y como la escuela neutra, según sus partidarios, es la que, para hacer obra de paz entre los ciudadanos que á ella han de enviar á sus hijos, prescinde de toda manifestación religiosa que pueda molestar á cualquiera parte, se sigue que en los países católicos como Francia, España, Portugal, Italia y por lo mismo entre nosotros, en que los católicos viven mezclados con los incrédulos, la escuela neutra no habrá de ser no solo no confesional, sino absolutamente falta de religión, pues toda religión molesta al que no profesa alguna religión, más aún de lo que el Calvinismo, pongo el caso, molesta al luterano. Tal es, en efecto, el carácter que reviste entre nosotros, y por lo mismo el sentido que le doy en mi humilde discurso.

Sentado esto, pasemos á probar que el carácter de neutralidad dado á la escuela laica es una mera razón «a priori,» una hipótesis no solo no demostrada sino indemostrable, y para ello conviene esclarecer este punto: ¿puede la escuela laica ser realmente neutral? No por cierto, y pruébanlo con claridad meridiana la condición del maestro mismo que enseña y de la materia de la enseñanza. Cuando se trata de asuntos que afectan pro-

fundamente al espíritu y á la sociedad en que se vive, la neutralidad en punto á opiniones es contraria á la naturaleza humana. La neutralidad de opinión en el centro de una disyuntiva que no tiene término medio es contrario á las leyes eternas de la lógica, es un absurdo histórico y psicológico. El maestro no es un autó-mata, no es un aparato de enseñanza, tiene una alma, una percepción, es un yo consciente, una personalidad científica. Ahora bien, qué hará ese yo consciente ante disyuntivas sin medio como estas: existe Dios ó no existe? Jesucristo es un ser divino ó no lo es? la religión católica es íntegramente verdadera ó no lo es? Sin duda que ese yo consciente del maestro tiene por fuerza que aceptar uno de esos extremos de la disyuntiva. He aquí la opinión y desde el momento en que aparece ella, desaparece el maestro neutro. No se diga que ante esa disyuntiva el espíritu contesta simplemente como Mirabeau: no lo sé, sofisma banal, porque en esa materia la ignorancia ya es una opinión. El que no sabe si Dios existe, no cree en El, y el que no cree en El es ya un ateo; el que no sabe si Jesucristo es Dios no cree en la divinidad de Jesucristo, y el que no la cree es ya un heterodoxo. Queda pues, que el profesor no puede ser neutro.

Mas, podrá ser neutral? No, y la experiencia y la psicología demuestran esa profunda verdad con voces elocuentísimas. Por una parte, el dominio absoluto para la no manifestación de las convicciones, durante una tarea diaria, íntima é indefinida, exigiría, á ser posible, una escuela especial, un tratamiento prolijo y esmeradísimo del espíritu, para evitar toda manifestación exterior del propio sentir, del dictamen personal. Un gesto, un movimiento, una sonrisa, una expresión de la mirada, una entonación de la frase, pueden manifestar clarísimamente una opinión. El niño, cuya atención está siempre despierta á las primeras impresiones de la vida, no dejará pasar nada desapercibido, y al recoger tal impresión en el seno de su alma, que tiene toda la delicadeza de la flor recién abierta, recibirá gérmenes de

corrupción no tardarán en desarrollarse. Para ser neutro, absolutamente neutro, preciso sería no ser hombre. Sería preciso dominarse con más rigor que el antiguo estoico, con más constancia que los más firmes héroes. Y si alguno entre los maestros de la juventud, pudiera pretenderlo, teóricamente hablando, sería el profesor cristiano, puesto que sólo él tiene el secreto de ese dominio sobre sí mismo, de esa lucha incesante contra los movimientos de las pasiones. Pero sucede que el maestro laico es educado precisamente con un sistema contrario, es formado dentro de vehemente propaganda anticristiana. Ese maestro es ante todo, un partidario; ese partidario está profundamente identificado con la escuela que es su domicilio intelectual, y no hay, ni ha habido, ni puede haber en toda la redondez del globo, un partidario que pase todas las horas activas de su vida moral en ocultación íntegra y perpetua de sus opiniones. Para demostrarlo en el terreno de los hechos, no es preciso internarse en las aulas de las escuelas laicas, basta recordar algunos actos públicos, como fiestas escolares, especialmente reparticiones de premios, en que se oyen discursos que agravian profundamente á la religión, en que se insulta al clero y á las instituciones católicas. ¿Es ésta la neutralidad de los que informan el espíritu de la niñez que se educa en las escuelas laicas? Y si esto se hace en público, en presencia misma de los padres, á quienes se ha prometido la neutralidad, hay garantías de que no sea otro tanto en lo privado, cuando los padres están ausentes?

Pero si esa neutralidad no es posible ni existe por lo que hace al maestro, tampoco es posible ni existe por lo que hace á la enseñanza. Hay puntos absolutamente encadenados con la noción religiosa. ¿Qué hace el maestro cuando el niño le pregunta sobre el origen del hombre, del mundo, etc.? El contesta de acuerdo con la Biblia, ó en desacuerdo de ella, ó responde que no sabe. En los dos primeros casos, la contestación es en su fondo religiosa ó antirreligiosa, puesto

que la Biblia es un libro de fundamento absolutamente religioso; en el tercero, la negación es terminante; porque decir no sé, cuando la Biblia enseña, es negarle la autoridad por completo, y ya sabéis que la negación de esa autoridad es una herejía.

La religión se impone, amada ó aborrecida, ocupa su lugar necesario en la vida humana, y no hay un solo ramo de los conocimientos humanos de donde pueda ser desterrada. Toda ciencia, aunque superficialmente sea estudiada, se encontrará en precencia de la Religión y deberá escucharla ó combatirla. Puédese concebir un curso de filosofía extraño á toda idea religiosa? Se enseñará la medicina, sin pronunciarse en pro ó en contra de la existencia del alma? Se tratará del del derecho sin invocar los principios de la conciencia? Se estudiará la geología, la astronomía, la cosmogonía, sin tener en cuenta, aunque sea para contradecirlos, los datos científicos del Génesis? Podrá recorrerse la historia, abordar las cuestiones religiosas, sin alabanza ó censura á la Iglesia católica que ha llenado los siglos de su nombre y de sus obras? Se podrá, sobre todo, seguir el hilo de la historia de nuestra patria ó nacionalidad, sin conocer ó desconocer la acción bienhechora y siempre incesante de la religión católica en nuestros destinos? No, Señores, y basta recorrer, aunque someramente, algunos de los manuales que sirven de textos en los establecimientos laicos, para ver cuan lejos está de ser observada la pretendida neutralidad.

Ni se crea que esta incomprendibilidad de la neutralidad en la escuela es propia y exclusiva de los que profesamos la religión católica, lo más estupendo es que no la comprenden ni aun los mismos apóstoles y acérrimos defensores de dicha neutralidad. Basta, para convencerse de la exactitud de esta afirmación, la confesión que hace uno de los miembros del personal docente de Francia y nada sospechoso de clericalismo. Aulard, profesor en la Sorbona y persona grata al Bloque judío-masónico dominante, autor, además, de uno

de los manuales condenados por el Episcopado francés, se expresaba hace dos años en los términos siguientes: «Me piden que diga lo que pienso de la neutralidad escolar? Creo que es una palabra equívoca y peligrosa, y reto al más ingenioso de nuestros filósofos á formular una definición, aunque mediana de una palabra, la cual, por poco que se reflexione, es un absurdo. Cuando se dice que la enseñanza debe ser neutra, creo que esta neutralidad debiera ser entendida con respecto á dos doctrinas y que no se debe enseñar nada que pueda ir en contra de ambas creencias. Es como si dijera que la enseñanza pública no debe inclinarse ni al error, ni á la verdad, lo que sería el medio más eficaz para hacer traición á la misma verdad. De hecho, no hay mas remedio que saltar á la neutralidad; aunque el institutor sea una persona honrada no puede menos de faltar á ella, so pena de no enseñar nada, tanto en el dominio de la moral como en el de historia, so pena de renunciar á su profesión de enseñante. Me parece que no se debe encomendar á los institutores que pongan en práctica una cosa impracticable é imposible de definir, y que al contrario se les debe recomendar que trabajen constantemente en favor de la verdad y de la ciencia, y que nunca sean neutros en favor del error, preferible es, en una palabra, no hablar más de neutralidad.»

Queda, pues, suficientemente probado que es imposible la neutralidad del laicismo escolar, aun por confesión propia de sus mismos propagandistas, y que no es sino una vana quimera con que al principio se quiso encubrir el designio perverso que con ella se persigue, y que no es otro que la ruina de la religión, eliminar á Dios y á su Iglesia del espíritu público y privado. Uno de los órganos del sectarismo francés se expresaba hace poco en estas palabras: “La escuela laica no puede ignorar á Dios, lo que debe es destruirle; este punto está ya fuera de discusión entre los institutores. La base de la enseñanza de las escuelas laicas debe ser la extirpación de la superstición divina. El maestro debe tener